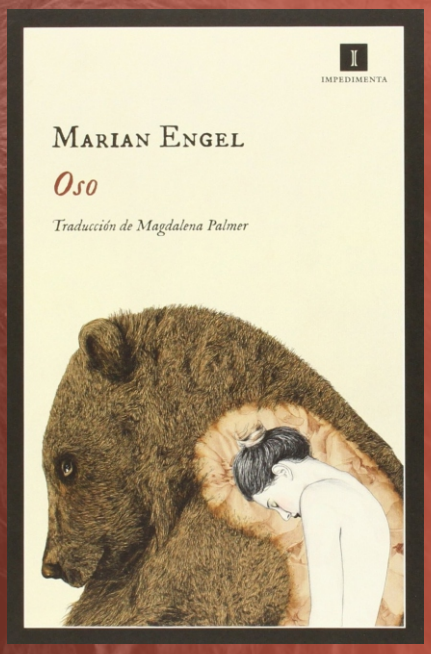
La Escalera

Lugar de lecturas

Visitas al territorio de Engel



Para John Rich,
que sabe cómo piensan los animales

Los hechos se vuelven arte mediante el amor,
que los unifica y encumbra a un plano
más elevado de la realidad; en el paisaje,
este amor que todo lo abarca
está expresado por la luz.

KENNETH CLARK
El arte del paisaje

1

En invierno vivía como un topo, enterrada en las profundidades de su despacho, escarbando entre mapas y manuscritos. Se alojaba cerca del trabajo y hacía la compra de camino al instituto, correteando apresurada de un refugio a otro por el túnel del invierno, sin perder el tiempo. No le gustaba sentir el aire frío en la piel.

Su despacho estaba en el sótano del instituto, cerca de la caldera, protegido por un mural de libros, archivadores de madera y fotografías enmarcadas, marrones y muy viejas, de temas insólitos: el general Booth y una abuela anónima, la ciudad, una vista aérea de Francia en 1915, grupos de atletas y zapadores; cosas que la gente le llevaba porque no quería tirarlas y porque sabía que conservarlas era su trabajo.

—No tires esas cosas —decía la gente—. Llévalas al Instituto Histórico, puede que les interesen. Quizá fuera alguien más importante de lo que creíamos, aunque bebiera.

Y así, gracias a la generosidad de los demás, ella había recuperado una felicitación navideña de las trincheras con una bota de celuloide, un poema dedicado al municipio de Chinguacousy escrito en pergamino y adornado con un mechón de cabello o la fotografía autografiada del fundador de una empresa de semillas absorbida por la competencia hacía ya mucho tiempo. Nimiedades que servían para recordarle que antaño había existido el mundo exterior y que el presente era mucho más que el ayer y sus papeles amarillentos, su tinta parda y esos mapas que se desintegraban al desplegarlos.

Sin embargo, cuando mejoraba el tiempo y conseguía filtrarse algo de sol por las ventanas del sótano, cuando flotaba polvo primaveral en los rayos de luz y los viejos ceniceros de estaño empezaban a apestar a un invierno de nicotina y contemplación, los defectos de su gris mundo privado se hacían evidentes hasta para ella, pues, por mucho que adorase las cosas viejas y gastadas —cosas ya amadas y sufridas, objetos con un pasado—, al verse los brazos pálidos como babosas y las huellas dactilares con manchas de tinta viejísimas, al comprobar que los comunicados del tablón de anuncios estaban arrugados y obsoletos, al descubrir que sus ojos ya no enfocaban ante tanta luz, siempre se avergonzaba, pues la imagen de la Buena Vida que tiempo atrás había grabado en su alma era muy distinta de esta, y el contraste le hacía sufrir.

Este año, no obstante, escaparía de ese vergonzoso momento de la verdad. El topo no se vería obligado a admitir que tendría que haber sido antílope. Cuando el director la encontró entre sus archivos y mapas enrollados, se plantó solemne bajo una hilera de retratos de familia donados a la institución con la excusa de que sería impío colgarlos en el baño (como estaba de moda por aquel entonces) y le anunció que el pleito por la propiedad Cary se había resuelto, por fin, a favor del instituto.

Él la miró, ella lo miró: había ocurrido. Por una vez, en lugar de certificados de asistencia a catequesis, viejos documentos de emigración, sobres con fotografías dominicales o marchitas cartas de amor de granjeros desconocidos, les habían legado algo de valor.

—Será mejor que hagas las maletas, Lou, y te encargues del asunto. El cambio te hará bien —dijo el director.

Cuatro años atrás habían recibido la carta de un bufete de abogados de Ottawa. En ella les comunicaban que un tal «Coronel Jocelyn Cary» declaraba que su patrimonio liquidado, que incluía la isla de Cary, la propiedad conocida como Pennarth y el contenido de sus edificios, había sido legado al instituto. Los abogados añadían

que Pennarth tenía una gran biblioteca con documentación relevante sobre los primeros asentamientos en la zona.

Lou y el director habían buscado referencias sobre Cary en sus archivos y también enviaron investigadores al Archivo Provincial. Desempolvaron un documento con la arcaica caligrafía de la señorita Bliss, la predecesora de Lou, en el que se daba cuenta de la visita de Jocelyn Cary en 1944 durante la cual se propuso la donación. A la sazón, el director estaba en el extranjero; el instituto pasaba por horas bajas. No se hizo nada por concretar la oferta y, para cuando Lou dejó de crecer y empezó a trabajar en el instituto, hacía tiempo que la señorita Bliss se había dado a la bebida y recargaba sus archivos con comentarios de lo más increíbles.

—Bueno —dijo el director con cautela—, será mejor que no nos hagamos ilusiones. Jamás nos había pasado nada igual.

Los familiares habían impugnado el testamento, por supuesto. Todos sabían que la isla de Cary ya no era un mero enclave aislado en un río solitario; los automóviles, las lanchas motoras, las motos de nieve y el dinero la habían transformado en una propiedad inmobiliaria.

Mientras el director se encargaba de agenciarse ayuda legal del Gobierno Provincial (que se había hecho gradualmente con el control del instituto), Lou revolvió y escarbó en bibliotecas y archivos, suplicando mientras trabajaba que la investigación revelase lo suficiente para investir a su sujeto de una personalidad propia. Había descubierto que la tradición canadiense era, por lo general, mojigata en este sentido. Cualquier prueba de que un antepasado hubiese hecho algo más que rezar y trabajar solía destruirse. Este hábito lograba que las familias se volvieran convenientemente respetables en retrospectiva, pero —como el director y ella lamentaban a menudo— resultaba desastroso para la Historia. Si uno de los Cary había tenido bastante dinero y energía para construir una casa en el remoto Norte y llenarla de libros, es que había sido alguien fuera de lo común. Dependía de Lou averiguar cuán fuera de lo común y, entretanto, rogar a los dioses,

las musas o los parlamentarios que supervisaban los asuntos del instituto que saliesen a la luz datos suficientes para revelar el negativo de la historia de aquella región.

El coronel Cary artífice de la donación había incluido un resumen con las hazañas de dicho antepasado. Parecía que el viejo coronel, nacido en el año en que estalló la Revolución francesa en una respetable aunque plebeya familia de Dorset, se había alistado como soldado a edad temprana y había servido en Portugal y en Sicilia durante las guerras napoleónicas. A los veinte años se casó con una tal señorita Arnold, cuyo padre era ordenanza de las tropas destinadas en Mesina. Ascendió en las filas de la artillería, engendró con su esposa un buen número de hijos y sirvió con honores en varias campañas en el valle del Po antes de volver a Inglaterra al final de las guerras, con su prole pero sin empleo a la vista.

Toda aquella información se había verificado mediante referencias a diversos registros de la propiedad, nombramientos, recomendaciones y menciones militares.

Durante el servicio militar, apuntaba su descendiente, el coronel había empezado a encapricharse con la idea de vivir en una isla. La leyenda familiar contaba que un caluroso verano, mientras servía en Malta, el coronel abrió un atlas del Nuevo Mundo, cerró los ojos y eligió la isla de Cary con un alfiler.

Lou se lo imaginó en una letrina militar, aquejado de disentería estival y soñando con un vaso de agua fresca. El alfiler sobraba. Tras una infructuosa búsqueda de empleo en Inglaterra, vendió las propiedades que le quedaban allí y, en 1826, se mudó con su familia a Toronto, en aquel entonces York.

Correcto. Estaba en los registros. Cary. Coronel John William. Shutter Street, número 22. Caballero.

No fue hasta 1834 cuando obtuvo permiso (*El peticionario solicita humildemente…*) para establecerse en la isla de Cary, tras haber prometido construir allí un aserradero y aportar un barco de vela para el comercio de la región.

«Sin embargo, mi abuela —había escrito su descendiente— se negó a internarse en las remotas tierras vírgenes y a enfrentarse a las inclemencias del Norte. Era de temperamento meridional, aunque no lo fuera por linaje. El coronel se vio obligado a dejarla en York con sus hijas y los hijos menores. Se marchó al Norte con el segundo de sus hijos, Rupert (creo que el primogénito, Thomas Bedford Cary, estaba delicado de salud, pues lo enterraron en 1842 en el cementerio Necrópolis), y vivió austeramente en la isla durante el resto de su vida».

Las referencias oficiales a Cary eran escasas. Su solicitud de asentamiento en la isla y su posterior adquisición, financiada con la venta de su grado de coronel, constaban en los registros. Según los directorios de la ciudad, la señora Henrietta Cary siguió viviendo en respetables direcciones de York mucho después de que la ciudad se rebautizara como Toronto. El coronel fue nombrado juez de paz del distrito del Norte en 1836.

Y se le despidió en un funeral militar en Sault Ste. Marie en 1869, a la edad de noventa años.

Eran los años transcurridos en la isla de Cary los que Lou se disponía a investigar y descubrir. Ya que el instituto había ganado el juicio con costas incluidas, la enviarían a inspeccionar la propiedad ese mismo verano. Solo era cuestión, como recomendaron los abogados y los que cuidaban la propiedad, de esperar a que el buen tiempo facilitase su estancia en Pennarth, que nunca había tenido calefacción central.

2

El 15 de mayo Lou cargó carpetas, papel, fichas, cuadernos y una máquina de escribir en su coche. Había desenterrado su viejo equipo de acampada: chaquetones de lana a cuadros, botas de montaña y un saco de dormir juvenil. El director le estrechó la mano como despedida y retrocedió por el olor a naftalina.

—Tu hombre se llama Homer Campbell. Sales de la autopista 17 en Fisher's Falls y continúas por la nacional 6 hasta un pueblo llamado Brady. Doblas a la izquierda en el cruce y sigues el río hasta llegar al puerto deportivo de Campbell. Homer te prestará una barca y te llevará a la isla. Hablé ayer mismo con él. Dice que ha instalado un nuevo depósito de propano y que ha hecho que alguien limpie la casa.

La carretera se dirigía al norte. Lou la siguió. Tras cruzar un Rubicón en la divisoria de aguas empezó a sentirse libre. Aceleró eufórica, rumbo a las tierras altas.

El inventario de la casa y de los anexos facilitado por los abogados indicaba que no necesitaba llevar muchas cosas. La casa no era una cabaña. Tenía seis habitaciones, entre las que se incluía la biblioteca. Había muchos sofás, muchas mesas, muchas sillas. Mientras pasaba revista al inventario, fue imaginándose aquellos muebles de patas amplias y separadas. Presentía que todo sería confortable.

La tierra era un frenesí de verde reciente. Al cruzar la bahía en la cubierta del transbordador que comunicaba el arco fragmentado de islas calizas, se estremeció. Las gaviotas sobrevolaban en círculos la embarcación y a lo lejos sonó una sirena. Pasó ante una isla

grande donde había querido vivir toda su vida y ante una pequeña, que los indios suponían hechizada, donde la habían llevado de niña. Recordaba que había llegado en un gran barco y que al bajar a tierra encontró todos los senderos cubiertos de hiedras venenosas tan altas como ella. Sus padres buscaban gencianas azules y hepáticas blancas. Entretanto, Lou se quedó fascinada por el esqueleto de la libélula más grande del mundo; estaba atrapada en una telaraña, en la ventana de una cabaña, y la habían succionado hasta secarla.

Las islitas flotaban inocentes entre las olas, mecidas por las boyas.

En esa época del año no solía haber muchos pasajeros a bordo: unos pocos cazadores, una pareja de indios con chaquetas de esquí color magenta, una pareja de ancianos que leía en lo alto de la escalera de cubierta y una familia francófona con ropa deportiva nueva en tonos pastel. La tradición de que todo lo destinado a la vida al aire libre debía estar manchado, lleno de pelusa y tener al menos cuarenta años de antigüedad parecía obsoleta, salvo para ella. Pensó en un conocido suyo que afirmaba que hoy en día era imposible encontrar una mujer que oliese a sí misma…

Ya anochecía cuando atracaron en el muelle. Conservaba nítidos recuerdos de su estancia allí. Recordaba una playa, un lago plateado y que había pasado algo triste. Sí, algo había pasado cuando era pequeña, alguna muerte. Le extrañó no haber regresado nunca a aquella parte del mundo.

Mientras esperaba para desembarcar el coche, vio que los indios subían a una furgoneta blanca.

Era demasiado tarde para llegar al puerto deportivo antes de que oscureciese; el trayecto en transbordador había llevado su tiempo, como era de esperar. Reservó una habitación en el motel de una playa desierta y se dedicó a deambular por la orilla hasta el anochecer, escuchando los pájaros.

«Tengo la extraña sensación de haber vuelto a nacer», escribió en una postal al director.

A la mañana siguiente, mientras cruzaba la isla en coche, el corazón le dio un vuelco al ver las montañas peladas de Algoma. ¿Dónde he estado?, se preguntó. ¿En una vida que ahora podría considerarse una ausencia de vida?

Durante un tiempo las cosas le habían ido mal. No podía mencionar ningún problema en concreto; más bien era como si la vida, en general, la tuviese tomada con ella. Todo se empeñaba en volverse gris. Aunque al principio se había divertido en la reclusión erudita del trabajo, en la protección que le daba frente a las vulgaridades del mundo, después de cinco años sentía que su empleo la había envejecido desproporcionadamente, que ahora era tan vieja como los papeles amarillentos que se pasaba los días desplegando. Si muy de vez en cuando alzaba la vista del pasado y miraba el presente, este se esfumaba ante sus ojos, tan inaprensible como un espejismo. Pese a haberlo comentado con el director, que rebajó aquel estado mental a simple gaje del oficio, seguía sin satisfacerle que fuera así como debía vivirse la única vida que se le había brindado.

Ya era tarde cuando aparcó junto al puerto. Entró en la tienda, una construcción de cemento, y preguntó por Homer Campbell. El tendero de cara redonda admitió que era él.

—Debes de ser la dama del instituto, el señor Dickson me ha escrito al respecto. Has llegado pronto. Podemos salir esta noche.

Llamó a su hijo y juntos empezaron a descargar el coche de inmediato. Cuando Lou se inquietó un poco por la máquina de escribir, él la fulminó con una mirada compasiva.

Homer Campbell era un hombre alegre de mediana edad. Su hijo Sim, de cabello y ojos pálidos, un fantasma, un albino, cargó silenciosamente una segunda barca con cajas de provisiones que ya le habían preparado. Homer se dirigía a su hijo con silbidos y cloqueos, como haría con un animal. El hijo tenía los pies grandes, era tímido y pasivo; quince o dieciséis años como mucho, concluyó Lou.

Se notó extraña al sentarse en la embarcación; era como si ya no fuera capaz de doblarse. Homer intentó enseñarle a arrancar el motor, pero ella se sentía muy lejos de todo aquello.

Había estudiado las cartas náuticas. Sabía que la isla de Cary estaba varios kilómetros río arriba de esa desembocadura llena de juncos que ahora empezaban a remontar. Parecía un lugar accesible sobre el mapa, pero Lou ya sabía que el coronel no había tenido en cuenta que, pese a su amplia desembocadura, el río iba apagándose corriente arriba, por lo que su pantanoso refugio estaba más aislado de lo que un cartógrafo hubiera supuesto a primera vista. Lou había leído que el aserradero de Cary fracasó porque el río, elegante y de aspecto inglés, solo suministraba suficiente agua para que el molino girase un día a la semana.

El estruendo del motor hacía que Homer le hablara a gritos. Era un hombre locuaz. Lou estaba más interesada en las formas mágicas que la rodeaban, en cómo las rocas escarpadas se transformaban rápidamente en arena y abedules, en las islas no mayores que un banco de arena, coronadas por viejas casitas verdes clausuradas que parecían perdidas y abandonadas en esa época del año. En este país tenemos vidas invernales y vidas estivales de naturalezas totalmente distintas, pensó.

Se deslizaron a través de la fría corriente, con Sim siguiéndoles en una barca plateada.

—Aunque no estás muy aislada, será mejor que guardes combustible en el depósito de la barca, por si necesitas ayuda. No creo que las tormentas te den problemas en esta época del año, pero podría caerte un rayo o podrías tener dolor de garganta, o algo así. Joe King solo vive ahí en invierno, cuando coloca sus trampas, y su tía, la señora Leroy, una vieja india, está en Neebish con su sobrina, así que no recibirás visitas inesperadas.

»Hay una estufa de leña y otra de gas y un par de chimeneas. Tenían un calentador que Joe y yo retiramos, era peligroso del carajo. Joe ha llenado el leñero y la vieja ha barrido la casa. Ya

verás, estarás calentita y a gusto. Si la anciana vuelve, la reconocerás. Es tan vieja como las colinas y no tiene dientes.

La barca era una vieja fueraborda de cedro, pero el motor estaba nuevo. Homer le aseguró que perdería menos combustible cuando le hubiera dado un poco más de uso. Había una canoa en la caseta de los botes, pero desconocía su estado. Había puesto un motor ligero en la barca porque suponía que ella no querría cargar el grande de veinte caballos hasta la casa cuando hiciese mal tiempo. Lo principal era mantenerlo limpio y seco, y el bidón de combustible siempre lleno.

Se oyó una sirena formidable. Lou dio un respingo, muy a su pesar. Homer se echó a reír.

—Parece que una vaca te acabase de mugir en el oído, ¿eh? El canal de navegación está solo a unos siete u ocho kilómetros en la otra orilla de la isla. Tendremos un buen año. El río ha abierto temprano.

De modo que esa ribera callada y sinuosa era la isla de Cary. Juncia en la orilla, detrás piedras y árboles anónimos.

—Allí está el cabo. Llegaremos enseguida.

Notó algo parecido al afecto en la voz de Homer, como si le tuviera cariño al lugar. Miró a Lou y después apartó la vista.

Nada más doblar el meandro del río, Homer señaló hacia un punto y ella vio la casa, que se alzaba blanca contra el cielo oscuro. Contuvo la respiración y esperó. Después, ya cerca del embarcadero, comprobó que su primera impresión era cierta: la casa era un clásico octógono de Fowler.

—Increíble —dijo ella.

—No está mal, ¿eh?

—No se menciona en los libros. Hay un catálogo de casas así.

—¡Oh, por aquí somos gente reservada! Solo los que se acercan en barca conocen este sitio, y nosotros no se lo contamos a nadie. Enviamos a los turistas a la casa donde se supone que Longfellow escribió ese poema indio, en el canal principal. Este sitio está olvidado y a nosotros nos parece muy bien así. Es una joya,

¿verdad? Espera a navegar sola río arriba, una mañana de julio. No hay nada igual. Coge la cuerda, Sim.

Amarraron la lancha a un pequeño muelle. Cuando ella consiguió ponerse en pie con dignidad, Sim y Homer ya habían descargado media embarcación.

—Los parientes se pusieron hechos una furia cuando supieron que Cary había donado la isla a vuestro instituto —siguió Homer—. Querían partirla en parcelas y construir casas de veraneo. El Gobierno ya no permite esas cosas. Por aquí, sube y te la enseñaré por dentro.

Tambaleándose por el peso de las maletas, Lou siguió a Homer ribera arriba por un prado verde («Sim cortará esa hierba») hasta la veranda de la casa.

—Espero que puedas apañártelas sin luz eléctrica. Hay un par de lámparas de gas, pero no dan mucha luz. Aunque sí tienes muchas ventanas.

Lou contempló la casa, dejando que las palabras de Homer le resbalasen por detrás. A la luz del anochecer era una mole discreta. Un amplio porche difuminaba las ventanas de la planta baja. Altos árboles se arqueaban encima de ella.

—Abedul negro. Esos árboles tienen algo especial; en un día caluroso de agosto, su sombra es más fresca que cualquier otra.

—No sé si estaré aquí en agosto —dijo Lou.

—Nadie se ha ido nunca de aquí de no haberse visto obligado a hacerlo. Esa nieta de Cleveland habría dado un ojo de la cara por la casa. Se ha gastado una fortuna para impedir que os la quedaseis. Aquí tengo las llaves.

Hacía tanto que no veía una llave larga y dentada que había olvidado hasta cómo se llamaban.

—No hacía falta cerrar con llave antes de que viniesen los de las motos de nieve. Lo que se gana por un lado se pierde por otro.

Sus pasos sonaron a hueco en el porche.

Homer abrió la puerta. Lou entró y dejó su equipaje en el vestíbulo. Estaba rodeada de puertas y ventanas. Delante, una

amplia escalera conducía al piso superior.

Olor a aceite de estufa. Olor a ratones. Olor a polvo (los últimos rayos del sol se inclinaban a través de los viejos y pequeños cristales). Homer permaneció a su lado, casi disculpándose, buscando una sonrisa de aprobación. Lou miró escalera arriba, a la izquierda, a la derecha, y olfateó. Otro olor almizclado, inidentificable, aunque agradable. Homer se dirigió a la derecha, abrió una puerta y dejó la máquina de escribir sobre la mesa de una habitación en penumbra. El muchacho llegó con las bolsas. Pim. Pam. Salió a por más.

—Estas casas son prácticamente redondas —dijo Homer—. Acompáñame, te la enseñaré. ¿Sabes encender una lámpara de queroseno?

—Sí.

—Demuéstramelo.

Una recargada lámpara de cristal blanco colgaba del techo de la habitación, pero Homer sacó de algún otro sitio un farol de estaño como el de los ferroviarios. Lou lo encendió y, en un instante, la habitación se transformó en un resplandor de sofás y mesas de patas curvas, pedestales para plantas y helechos muertos.

—Te interesará más la cocina. Es por aquí. ¿Recuerdas cómo se usa el regulador de tiro de las estufas de leña? —continuó Homer.

—No.

—Cuando hagamos la visita de honor por la casa, te lo enseñaré. Te hará falta para caldear esto por la mañana. Aún puede nevar por aquí arriba, ¿sabes?

La cocina tan solo ocupaba un lado del octógono, a diferencia de los dos de la sala. Había una estufa de propano moderna junto a la estufa de madera, una cocina de tapa corrediza y un fregadero de estaño con una bomba de agua.

—Fuera hay una mejor. Las juntas de esta siempre nos han dado problemas. Bueno, la siguiente habitación es una combinación de leñera y zaguán trasero; desde ahí se accede a la auténtica leñera. También hay un jardín y una letrina. ¿A que Lucy ha dejado todo

muy limpio? La siguiente habitación sería el dormitorio principal…, la cama está algo hundida. Lucy ha dejado preparada la leña para el fuego. Lo encenderé, luego saldremos y te enseñaré lo de fuera. Sal por la puerta principal y rodea la casa. De noche, la escalera de atrás es peligrosa.

Ahora ya había oscurecido, el aire era frío y húmedo. Lou se estremeció mientras seguía a Homer por el lado meridional de la casa, donde él le mostró la bomba de agua exterior de mango largo y la letrina, un cobertizo más de la serie que poblaba el jardín trasero. Tenía dos orificios y ella advirtió, divertida, que las tapas eran antiguos reflectores de farolas, esmaltados y moldeados como los bordes de una empanada.

Hizo ademán de volver a la casa porque fuera estaba oscuro, tenía frío y se sentía cansada, pero Homer se la quedó mirando, incómodo, balanceándose sobre los pies. Lou se preguntó si iba a tocarla o a criticarla. Quería entrar e instalarse. Había sido un día muy largo y tenía mucho en qué pensar. Estaba impaciente.

—¿Alguien te ha hablado… del oso? —preguntó Homer.

3

Al parecer, siempre había habido un oso allí. Ese lord Byron que tanto le gustaba al primer coronel había tenido un oso. Jocelyn Cary tenía un oso. Y allí seguía habiendo un oso. La tía de Joe King, Lucy Leroy, de cien años, aunque quién lo diría, había cuidado del animal tras la muerte de Cary. Ahora Lucy se había ido. El oso estaba ahí detrás, seguramente dormía. Pero ella tenía que saber lo del oso.

—Los osos no me entusiasman. La verdad es que no me gustan las mascotas. Tal vez un perro que sepa cazar…, y alguna vez habré cuidado de un bicho herido, pero los Cary tenían esa manía de los osos y, cuando Cary murió, ¿qué íbamos a hacer? Ahí estaba. Conque sin dar muchas explicaciones a los abogados, nos lo quedamos. Joe y Lucy han cuidado del animal. Tiene su propio establo ahí atrás, en la cabaña de troncos que fue la primera construcción de la isla. Eres de Toronto, te encantará esa antigua cabaña de troncos. Es un oso viejo, pero no tiene mal genio.

»Me desconcertó un poco saber que enviaban a una mujer. Esperaba a un hombre, no sé por qué.

»Está aquí y pertenece a este lugar. No sé de dónde lo sacaron, no hay osos por los alrededores. Y, aunque puede que Lucy lo sepa, se ha ido a casa de su sobrina. No se me ocurría cómo diantres contártelo, pero me caes bien. Le pregunté a Joe antes de que se fuera y me dijo: “Que lo trate como a un perro”. Pero no te confíes demasiado hasta que el oso te conozca, porque es bastante viejo… Nadie recuerda exactamente cuánto, pero viven entre veinticinco y treinta años, conque muy joven no será. Yo vine aquí recién acabada la guerra y no recuerdo a ningún osezno, aunque claro,

tampoco he pasado mucho tiempo en la isla. Cary no buscaba compañía, excepto cuando no le quedaba otra porque tenía que hacer algún pedido a la tienda, muy de vez en cuando.

»Joe ha dejado en el cobertizo cincuenta kilos de comida para perro. Cualquier otra cosa que encuentres allí ha salido del dinero que el instituto nos envió cuando nos dijeron que vendrías.

»La verdad es que yo no sé qué haría si alguien me endilgase un oso. Lo único que puedo decir es que Lucy asegura que es un buen oso… Sé que a algunas personas no les gustan los indios y que no aguantan la bebida, pero por aquí respetamos a Lucy y, si ella dice que es un buen oso, pues me atrevo a pedirte que le des agua y comida mientras estés aquí y luego ya decidiremos qué hacer.

En cuanto terminó su atropellado discurso, Homer miró los árboles oscuros que había detrás de la casa iluminada, meneó la cabeza, posó una mano en el brazo de Lou y la guio mientras subían los escalones del porche. Ya en la puerta principal le dijo que al día siguiente intentase navegar sola hasta el puerto. Si a las cuatro no había aparecido, él cruzaría para ver qué pasaba. El truco era virar a la izquierda cuando la desembocadura se abría al canal principal.

Luego llamó a su hijo y se largó.

4

Lou entró y se sentó aturdida a la mesa de la cocina. Oyó el ruido de la motora alejándose; después, nada. Abrió dos puertas para ver crepitar el fuego del dormitorio. Así que este era su reino: una casa octogonal, una sala llena de libros y un oso.

No lograba asimilarlo. Estaba perpleja. Tenía que haber una palabra para aquel maravilloso hallazgo: alegría, golpe de suerte, cualquier cosa que llegaba de casualidad… ¡Ah, sí, buena fortuna! Sin abandonar su trabajo, que le encantaba, la habían depositado en una gran mansión de la provincia, a principios de verano y en una de las mejores zonas de vacaciones. Estaba algo aislada, pero siempre había disfrutado de la soledad. Y la idea del oso resultaba maravillosamente isabelina y exótica.

Encendió la lámpara de gas de la cocina sin excesivos problemas: acercó una cerilla, abrió la llave y oyó que prendía con una suave crepitación. Alumbrada por el cálido resplandor, puso a hervir el agua que había sacado con un cucharón del cubo de granito que había junto al fregadero. El agua estaba fría y olía a azufre. Ahora también hacía frío dentro de la casa.

Se preparó una taza de té que llevó al dormitorio en penumbra, donde se sentó en un largo sofá curvo a contemplar el fuego. Nunca sabría qué absurdo azar la había llevado hasta allí. Seré feliz, murmuró para sí.

Uno de sus tíos del campo, para decir que había tenido buena suerte, utilizaba la expresión: «He metido los pies en una tina de mantequilla».

Lou tenía los pies fríos. Se quitó las botas y calentó los calcetines en el fuego. Al inclinarse, notó el cansancio que la invadía: la alegría era agotadora. Buscó el saco de dormir entre el equipaje y lo extendió sobre el sofá. Detrás, la inmensa cama del coronel parecía formidable y también muy húmeda. Ordenó la cocina, apagó la luz, se desabrochó el sujetador y se metió vestida en el saco. Se durmió escuchando el crepitar del fuego.

Despertó temprano. Tenía frío. Mucho frío. Se bajó el jersey, subió el saco de dormir y se revolvió hasta encontrar una postura cómoda. Entretanto, olfateó el aire puro y frío, y recordó dónde estaba. La casa olía a humo de leña y a hierba nueva.

Se levantó a las siete y se calzó las botas antes de salir a inspeccionar su reino.

Era majestuoso. Cien metros de ribera se habían transformado en amplios prados que empezaban a reverdecer. Una hilera uniforme de magníficos arces en flor bordeaba la orilla. Más allá corría la plata del río, que serpenteaba en los bajíos y desaparecía de nuevo entre los raquíticos abedules y la maleza. No se veía ninguna otra casa.

Permaneció muy quieta en la orilla, consciente de que cada movimiento, hasta el roce de sus manos en los bolsillos, producía un sonido foráneo. Saboreó la novedad que la rodeaba, las varas amarillas de los sauces jóvenes en la linde del bosque, la escorada caseta de las barcas, los verdes retoños de los árboles, y luego se volvió hacia la increíble casa.

La blanca mole poliédrica resplandecía bajo el sol temprano. El porche de techo negro colgaba como un delantal de la planta baja y las ventanas de la primera eran amplias y resplandecientes. En el tejado, dos chimeneas y un lucernario se alzaban como la copa de un sombrero. Lou apenas podía creerse aquella perfección.

Entonces se acordó del oso. No había sido un sueño. Ese hombre, ese Homer, le había dicho que detrás de la casa había un oso. Al principio le había resultado una idea maravillosamente extravagante, pero al parecer allí había un oso de verdad. Que

ahora ya sería un oso hambriento. Debía ir a echar un vistazo. De nada servía aplazar el momento.

Se preguntó si el oso sería buena compañía.

5

No le entusiasmaban los animales. Había tenido un cachorro y sintió mucho que lo atropellaran, pero no lo había echado en falta. En cierta ocasión visitó una granja donde le habían molestado los gatitos, pero los terneros le gustaron. Y ahí acababa su historia. Un punto de partida cuestionable para un oso.

Bueno, pensó, quizá será mejor que empiece por los libros, que vaya de lo conocido a lo desconocido… Pero también tenía que ir a la letrina, que estaba en la misma dirección que el establo del oso. Se armó de valor. Si no conseguía mirarlo a la cara, al menos podría examinar la técnica de construcción de la cabaña.

Desde la fachada la casa parecía una única construcción solitaria, pero detrás le habían crecido, como hongos, varias construcciones anexas: una leñera hecha con tablones y una desvencijada cabaña de troncos, que se comunicaba con la leñera mediante algo que parecía un granero y que quizá fuese el tejadillo de un gallinero en ruinas. Una valla rodeaba todo el conjunto.

Lou se aproximó al cercado por el lado sur. El oso debía de estar en la vieja cabaña. Había un poste junto a la puerta del que colgaba una cadena que desaparecía dentro, en la oscuridad. El suelo estaba enfangado, pero en el fango no se veían huellas recientes. ¿Qué se le dice a un oso?, se preguntó, apoyada en la cerca.

—Hola —susurró a la penumbra. Ninguna respuesta. Estará dormido, pensó. A lo mejor sigue hibernando.

En una ocasión se topó con un alce, la única vez en su vida que le habían flaqueado las piernas. De ahí que creyese que el oso la asustaría, pero allí estaba ella, esperando tranquilamente ante su

puerta. Estaba segura de que había un oso dentro y de que ese oso era benévolo. Se preguntó cómo podía ser tan tonta…

Volvió a entrar en la casa, cerrando la mosquitera de un portazo. Le quedaba mucho por hacer antes de poder dedicarse a lo que quería —empezar con los libros—, porque si no deshacía el equipaje viviría en un caos. Primero organizó sus objetos personales en el dormitorio; luego guardó las conservas sin orden ni concierto en los armarios de la cocina. Le llevó su tiempo decidir qué hacer con los alimentos que requerían refrigeración, como la mantequilla o el beicon. Encontró una antigua tostadora oxidada y la puso encima del fogón. Limpió una sartén negra de hierro, donde colocó las lonchas de beicon. Tenía hambre.

La luz matinal era veteada, pajiza, verde, una presencia móvil en las ventanas. La cocina nadaba en una especie de penumbra submarina. Una vez listo el desayuno, se lo llevó fuera, a la escalera de la leñera, para desayunar con luz. Acababa de sentarse cuando descubrió al oso mirándola desde la puerta de su cabaña.

Oso. Allí. Mirando.

Ella también lo miró.

En algún momento de nuestras vidas todos tenemos que decidir si somos o no somos platónicos, pensó. Soy una mujer, estoy sentada en una escalera, como tostadas con beicon. Eso es un oso. No es un oso de peluche, no es el osito Pooh, no es el koala del logotipo de una aerolínea. Es un oso de verdad.

Medio oso, en realidad, y no una mitad muy grande. Como se asomaba indeciso al umbral, Lou no tenía ni idea de su tamaño. Un bulto polvoriento de pelo negruzco en la puerta. Tenía un largo hocico marrón rematado en una nariz negra, seca y curtida. Sus ojos eran pequeños y tristes.

Se observaron, calibrándose, mientras Lou comía. Los ojos no resultaron menos pequeños cuando el oso la miró de frente: su mirada no era directa, estaba difuminada por los ángulos del cráneo. Con ese hocico largo y marrón y los ojillos vueltos hacia ella no parecía amenazador, sino solo cansado y triste. El único signo de

animación que pudo vislumbrar fue un leve temblor de las narinas cuando oyó el roce del tenedor en el plato esmaltado.

Tienes prejuicios sobre los osos, pensó. Para ti, o son juguetes o son una especie de ogro feroz que vive en el bosque y te persigue para devorarte. Pero este oso no es más que un bulto.

Entonces, como lo único que conocía de los animales era su hambre voraz y —creía ella— parasitaria, fue a la leñera y llenó un cuenco con la comida seca que encontró en un saco cercano. Se lo llevó al oso con ciertas reservas. El animal pareció animarse un poco y rápidamente curvó una pata, se acercó el cuenco y metió las fauces en él.

Luego la miró un instante, como pidiéndole permiso. No, pensó Lou. Lo que quiere es que me vaya.

Lo observó tragar ruidosamente a distancia. Cuando terminó, el oso la miró mientras se lamía la nariz con una lengua larga y fina, como de oso hormiguero. Luego se relamió el morro y la lengua pareció más corta y gruesa. Finalmente, con aparente gran esfuerzo, se levantó y se acercó.

Lou contuvo la respiración y se quedó muy, muy quieta, prohibiendo a sus piernas que le temblaran por segunda vez en la vida.

Allí estaba el oso a plena luz, sobre las cuatro patas, moviendo la cabeza arriba, abajo y a los lados para poder hacerse una imagen completa de ella. El hocico era más puntiagudo de lo que había imaginado —una visión deformada por años de osos de peluche, supuso—, y los ojos, decididamente porcinos y feos. Lou cruzó el jardín y llenó un cubo de agua.

Le dejó el cubo cerca, más cerca de lo que hubiera creído que se atrevería, pero el oso parecía tan pasivo que no conseguía asustarla. En la puerta del establo le había parecido más pequeño. Ahora vio que era lo que Homer llamaría «una buena pieza»: largo y tan alto que le llegaba a la cadera. Un oso adulto, de pescuezo jorobado.

Cuando el animal se volvió para beber, Lou percibió un fuerte olor a mierda y a almizcle. Era un macho, sin duda, y tenía los cuartos traseros apelmazados y sucios. Después de beber con avidez, el oso volvió a acurrucarse junto a la puerta del establo. Parecía estúpido y exhausto. Lou se agachó fuera de su alcance y lo observó. El hocico recordaba al de un perro, pero más ancho. El morro era estrecho, los ojos estaban muy juntos. No era un animal atractivo. Se le pasó por la cabeza que podría devolverle cierto lustre si lo sacaba a pasear.

—Oso —susurró—, ¿quién y qué eres?

El oso no respondió, pero se volvió para mirarla con una expresión de infinito cansancio y cerró los ojos. Lou se quedó sentada un buen rato, fumando, tomando café, contemplándolo. Una vez había llevado a sus sobrinos a ver una película mala sobre osos. Nada más.

Ese oso en concreto era una criatura poco agraciada, decidió. No tenía nada de amenazador. No era un animal salvaje, sino una mujer madura, frustrada hasta la estupidez, que de tanto esperar el regreso de su marido ya había dejado de existir y era solo espera. Puedo manejarlo, decidió, y entró en la casa.

Fregó los platos, reorganizó los armarios de la cocina para adaptarlos a su zurdera y exclamó para sí, mirando aquellos platos, cómo era posible que en semejante mansión no hubiese porcelana con motivos orientales, como sería de esperar. Después, sabiendo que si se demoraba más tiempo era por el puro placer de aplazarlo, recorrió lentamente el contorno de la casa, de la sala al vestíbulo, y se detuvo al pie de la escalera.

En esta región, una casa como aquella era un absurdo, pensó. Demasiado intrincada, demasiado difícil de caldear, por mucho que su diseñador frenólogo la hubiera considerado buena para el cerebro. Construir semejante edificio en el Norte, entre cabañas de troncos y robustas granjas cuadradas, era ostentación colonial. Se estremeció al imaginar aquella escalera abierta en el inhóspito invierno. Cuando vendió esos planos, Fowler había recomendado

una construcción de estuco casero que resultó ser tan duradero como una tira matamoscas. Era ese tipo de norteamericano ante el que todos nos previenen.

Mientras su mentalidad práctica se quejaba de las idioteces de los forasteros, subió al piso de arriba en busca de luz natural. Se detuvo en seco en lo alto de la escalera, bañada en un intenso resplandor.

Las dos chimeneas acotaban la escalera. Encima brillaba un enorme lucernario acristalado. Aparte de eso, la primera planta era un espacio abierto. Cuatro de las paredes estaban formadas por ventanales que ascendían de unas consolas adosadas; las otras cuatro estaban cubiertas de librerías acristaladas. Había grandes sofás delante de las chimeneas y mesas bajas cubiertas de infolios. Una compleja lámpara de queroseno colgaba sobre la consola que daba al río. Las ventanas estaban protegidas por unas persianas enrolladas de lona, de aspecto náutico.

Desde el ventanal de la fachada, el río tenía otra dimensión. Contempló su perezoso discurrir hasta el canal.

Se quedó tranquilamente allí. Tocó el telescopio de latón y cuero que había en el alféizar y quitó el polvo, con los dedos, de los globos terráqueo y celeste que lo flanqueaban. Si todos los libros eran malos Bunyan editados en Boston, de momento no quería saberlo. Fue a la mesa más próxima a la chimenea septentrional y abrió un libro con grabados de ruinas. Piranesi. Contempló largo rato las columnas derruidas. Luego se dirigió a la ventana de atrás y retiró una mosca muerta de la consola vacía. El oso la miraba desde abajo.

Merodeó por la habitación despacio, con reverencia. Era un mar de luz dorada y verde.

Se preguntó por dónde empezar y decidió echar primero un perezoso vistazo a los estantes para averiguar la temática y el orden de los libros. Se encontró con una mente despierta y quizá típica de principios del siglo XIX: enciclopedias, historia británica y griega, Voltaire, Rousseau, geología y geografía, especulación geofísica,

los filósofos más prácticos, colecciones y más colecciones de obras completas de novelistas. Se preguntó si existiría otra biblioteca más perfecta de aquel período. Dejó de preocuparle que el trabajo no le durase todo el verano.

Fue a la planta baja y subió el papel, la máquina de escribir y las fichas. Se sentó de inmediato y mecanografió una carta al director para contarle que todo iba bien. Un vistazo a su reloj le descubrió que ya era hora de ir a la tienda de Homer.